La mancha Morata

La herencia del capitán Bañuelos

Javier Fonseca García-Donas

© del texto, Javier Fonseca García-Donas
© ilustración de cubierta, Issa Gallego
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com

Diseño: EstelleTalavera
Dirección editorial: María J. Gómez

ISBN: 978-84-941615-2-0
Depósito Legal: M-5045-2014
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2014
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

En El Gato Tuerto
hay una noche dentro de la noche,
con una luna que sale para algunos,
un sol que brilla para otros
y un gallo que canta parta todos.
En El Gato Tuerto
hay el asiento de la felicidad,
hay el asiento de la desdicha,
y hay también el horrendo asiento de la espera.
En El Gato Tuerto,
¿me atreveré a decirlo?,
hay un pañuelo para enjugar las lágrimas,
y hay igualmente,
—casi no me atrevo—
un espejo para mirarse cara a cara.

Virgilio Piñera

La Habana, agosto 1984

Un tremendo aguacero caía sobre el barrio de El Vedado. Eran las nueve de una noche caribeña de agosto y todo apuntaba a que sería una de esas lluvias de La Habana que moja, pero apenas refresca. Aquellos que entraban en el club huyendo de la tormenta, en unos minutos no serían capaces de asegurar si lo que les pegaba la ropa a la piel era el sudor o el agua descargada por las nubes. El local estaba en penumbra y no se oía más que el trajín de los clientes cruzando conversaciones, tragos y demandas a los camareros de camisa y sonrisa blanca.

A nadie le extrañaba que no hubiera música. Todavía era pronto y, como diría su dueño, Felito Ayón, en el templo del filin sólo se escuchaba música en directo. Esa noche los aficionados habían acudido temprano. Nadie quería perderse la actuación de La Negra Isaura. Era uno de esos días en que las mesas que ocupaban la pista de baile se cotizaban muy alto. Y, aunque todos

buscaban ansiosos algún asiento, a nadie se le ocurriría ocupar una de las tres sillas libres en la mesa más cercana al escenario. Allí, de puro aburrimiento, una cerveza había perdido la espuma y la esperanza de refrescar a su dueño que, agachado sobre un pequeño cuaderno de tapas azules, escribía concentrado, ajeno a la algarabía que iba apoderándose de El Gato Tuerto.

Poco se podía ver de él. Tan solo su pelo blanco e indómito, como la cresta de las olas, a pesar de tener apenas cuarenta años. Si alzara la vista de su cuaderno nos mostraría un rostro seco, tostado por el sol y curtido por la sal, con unos ojos que parecían haber robado al mar su color y los secretos de las tempestades. Difícilmente podríamos distinguirlo de cualquier otro asturiano o gallego que hubiese recalado en La Habana por negocios, crímenes o amores. Y probablemente fuera del local sería así, un asturiano más que, entre otras, reunía esas tres razones para acabar varado en Cuba. Pero desde 1980 -y por muchos años más- en El Gato Tuerto todo el mundo conocía al capitán Bañuelos.

En la barra, un cliente jugaba con el cóctel que acababa de servirle el joven camarero mulato. Dos cigarros puros asomaban de los bolsillos bajos de su guayabera, al menos dos tallas mayor de lo que necesitaba, y no se había quitado el sombrero panamá. Mientras sacaba su cartera, con la otra mano señaló hacia la mesa del capitán. El camarero cogió el billete y asintió con la cabeza, sin poder evitar fijarse en el minúsculo meñique de aquel hombre,

cubierto casi por completo por un sello de oro. Sin probar su copa, se levantó del taburete. Pero antes de haber empezado a caminar, sintió cómo una mano le apretaba el hombro y, con firmeza, le obligaba a volver a sentarse, mientras una voz le susurraba al oído:

—No te quieras acercar al capitán, si no quieres tener tú tremendo lío. Espera a después de la actuación.

El hombre del sombrero tragó saliva, y sin atreverse a mirar atrás balbuceó algo que pareció convencer a su guardián, que aflojó la presión sobre su hombro. Un par de minutos después, llamó al mozo de la barra y le entregó un nuevo billete sin dejar de mirar hacia el capitán Bañuelos. El joven asintió y llamó a una camarera. En ese momento se encendieron las luces del escenario y la algarabía del local se transformó en murmullo de expectación. El mulato que había frenado al hombre de la guayabera apuró su ron y volvió a poner la mano sobre él mientras gritaba al mozo:

—¡Oti! Vaya preparándome otra de estas para cuando termine la actuación, a la salud de este señor tan amable.

Y se fue bamboleando la cabeza detrás de la camarera. Mientras esta ponía sobre la mesa del capitán una nueva cerveza, el mulato subió al escenario y abrió el estuche de una guitarra que descansaba sobre una silla de enea. Apoyó el instrumento en su rodilla, el pie en el asiento y rasgó las cuerdas al tiempo que trajinaba en las clavijas. Cuando logró el sonido que necesitaba, empezó a tocar los primeros acordes de la canción con la que La

Negra Isaura abría siempre sus conciertos en El Gato Tuerto. Al instante, el local dejó de respirar. Las últimas caladas de los cigarros no se expulsaron al aire y, por un momento, el humo parecía que también se había quedado quieto.

Solo entonces, el capitán alzó la vista y cerró el cuaderno azul, dejándolo entre los dos vasos de cerveza. A la derecha del escenario, se abrió una puerta y, sobre la guitarra, una voz animal graznó: "¡Caminamos juntos hasta aquí!". El capitán Bañuelos arrugó la frente y se levantó de su mesa mientras una voz madura callaba los pocos murmullos que el graznido había despertado, pintando el aire de camino al escenario:

Temes que yo diga un día
en cualquier esquina
que tú fuiste mío...

La Negra Isaura y el capitán Bañuelos se encontraron y apenas rozaron sus dedos al cruzarse en el vano de la puerta. Los ojos del capitán abandonaron por un momento las tormentas en las que estaban perdidos y sonrieron a la mujer, que se relajó. El pelo negro le caía en dos paños a ambos lados de la cara, enmarcando los carrillos un poco arrebolados. Vestía una camisola de colores muy vivos que apenas disimulaba la incipiente barriga a la que, instintivamente, se llevaba las manos mientras cantaba. Y cuando notó la mirada de Bañuelos en sus manos, como si también sus

ojos quisieran acariciarla, le dedicó una sonrisa y, en secreto, el resto de su canción:

Ahora te vas en primavera
como si no supieras
que para mí es mortal.[1]

El capitán salió por la puerta justo cuando se repetía el graznido impertinente, aunque nadie pareció escucharlo, embelesados por la voz de Isaura Valdés. Ella subió al escenario, sin percatarse de que un hombre con sombrero panamá tomaba asiento en la mesa que había quedado vacía, apartaba la cerveza triste y con una mano cogía el otro vaso y se lo llevaba a la boca, mientras apoyaba distraído la otra sobre el cuaderno azul y lo arrastraba hasta el borde de la mesa, a la altura del bolsillo de su guayabera.

La camarera, que en ese momento se disponía a llevarse los vasos, le indicó que no podía sentarse allí. El hombre sonrió. Alzó de nuevo el vaso y dijo brindando al aire:

—Sería una pena desperdiciarla. Yo me la beberé a la salud de mi buen amigo, el capitán Bañuelos.

La voz de La Negra Isaura seguía hipnotizando a los clientes, aunque algunos habían empezado a mirar hacia la mesa intrigados. El hombre del sombrero panamá miró hacia el escenario y levantó por tercera vez el vaso antes de darle un nuevo sorbo. Después,

1. Temes/por qué ahora (Tite Curet Alonso/Bobby Capó)

lo dejó sobre la mesa y se levantó, relamiéndose la espuma del bigote.

Era una noche de agosto de 1984. Con su sombrero panamá, Goyo Salazar salió de El Gato Tuerto silbando, marcando el ritmo con los dedos en el bolsillo de su guayabera, donde sus cigarros compartían espacio ahora con un pequeño cuaderno azul.

La familia al completo

Todas las familias tienen una colección de anécdotas y sucesos que contar, generación tras generación. En las reuniones y comidas, terminados los postres, siempre hay alguien que dice: "¿Os acordáis de...?". Y esta pregunta es la llave maestra que abre el baúl de los recuerdos. Algunos de ellos alcanzan la categoría de leyendas, haciéndose cada vez más elaboradas y fantásticas, y en la familia Morata, por supuesto, también las había, pero sobre todo, se daban historias absolutamente reales, perfectamente documentadas y demostradas, a pesar de que a cualquier oyente ajeno al clan pudieran sonarle fantasiosas. Y todas ellas nacían de un tronco común: La Mancha Morata.

El primer rastro documentado de esta marca familiar se fechaba en 1094. Ese año, Alonso Morata participó junto al Cid Campeador en la Batalla de Cuarte, cerca de Valencia, frenando la expansión por Levante de las tropas almorávides. En concreto, fue

él quien diseñó el astuto planteamiento de la batalla y encabezó el grupo que atacó y distrajo a la vanguardia enemiga, mientras El Cid atacaba por la retaguardia haciendo que el ejército almorávide se dispersara desordenadamente. Gracias a su astucia, el ejército de El Cid no tuvo ninguna baja. Y así se lo reconoció en una carta, en la que aparece la primera referencia a la Mancha Morata:

A partir de ese momento histórico se sabe que, en todas las generaciones siguientes, al menos un Morata exhibió esa nube en su antebrazo izquierdo y dejó huella en el lugar y tiempo que le tocó vivir. No siempre, como es lógico, derrotando a un ejército invasor.

Así ocurrió con uno de los más famosos Morata, al que se debe el que los pasteles en ingles se llamen *Cakes*. Es común leer

en muchos lugares que esta palabra proviene del alemán *Kuchen* (bizcocho), pero lo cierto es que fue Beltrán Morata, cocinero español que se llevó a Inglaterra Catalina de Aragón al casarse con Enrique VIII, quien acuñó este nombre para su pastel de calabaza y queso. El monarca se entusiasmó con el bizcocho y, como le resultaba complicado decir el nombre completo, Beltrán Morata lo redujo a las primeras sílabas de sus ingredientes principales: Caque. De ahí se generalizo para nombrar a cualquier bizcocho horneado. Según algunos historiadores, la pasión de Enrique VIII por este sencillo pastel y la promesa del cocinero español de quedarse en la corte, salvó a Catalina de morir decapitada después del divorcio. Lo que no se atreve a aventurar ningún tratado es qué habría pasado si, en lugar del pastel de calabaza y queso, el Rey británico se hubiera encaprichado del de calabaza y canela, cuya receta aún se conserva en la familia Morata.

Pero en honor a la verdad, estos ejemplos, junto a un par de ellos más son, digamos, "excepciones gloriosas". La mayoría de los Morata agraciados con la Mancha no pasaron de tener cierta relevancia en su sector o, a lo sumo, ocupar las páginas de algún periódico por unos días. Tal es el caso de Gaudencio Morata, fundidor que en la segunda mitad del siglo XX diseñó las bocas de riego que aún pueden verse en las aceras de Toledo, y que durante unos años fueron el *souvenir* más cotizado por los turistas que

visitaban la ciudad imperial. Todavía pueden encontrarse algunas en páginas web de coleccionistas.

Y del abuelo Gaudencio, la mancha familiar pasó a su hijo, Sergio Morata.

Clasificar a Sergio Morata sería un atrevimiento y, en todo caso, no serviría por mucho tiempo. Había sido artista callejero, guitarrista en un efímero grupo de cierto éxito, crítico musical, cocinero, guía turístico... Ahora era un viajero profesional. Solía hacer reportajes que vendía a televisiones o revistas donde siempre aportaba algo más que la visión del turista o el trotamundos aventurero.

Sergio tenía un hermano, Pablo, que era diseñador de sombreros y estaba casado con Candela con quien tenía dos hijos, Álex y Mar. Los chicos se llevaban exactamente 364 días de diferencia. Mar había nacido el 1 de enero y Álex el 31 de diciembre del mismo año, y ambos compartían más cosas de las que hubieran deseado. Entre otras, curso y clase. Durante el colegio esto no fue un inconveniente. Pero al llegar al instituto se convirtió en una clara molestia para los dos, pues, mientras ellos se sentían cada vez más diferentes y distantes, para el resto seguían siendo "los Moratas", dos en uno. Aunque, a simple vista, el color de los ojos y la miopía era lo único que tenían en común. Eso, y el detalle de que ambos compartían la mancha Morata en su brazo izquierdo.

Álex no destacaba ni por alto ni por bajo. A través de las gafas, sus ojos marrones claros parecían dos pequeños huesos de cereza. Tenía el pelo negro y rizado, y lo llevaba corto. Su cara regordeta le daba un aspecto saludable, reforzado por la piel tostada, a tono con el color de sus ojos, y solía llevar un *piercing* adhesivo en la oreja. Había soñado muchas veces con lo que sería capaz de hacer en el futuro. Unas veces se veía como cantante famoso. De hecho había escrito algunas canciones, estaba aprendiendo a tocar la guitarra por su cuenta y ya tenía nombre para su grupo: *Los Incomprendidos.* Otras veces se imaginaba como actor famoso, algunas —las menos— como escritor famoso, y la mayoría simplemente famoso. Había heredado el desparpajo y la decisión de

su madre. Su abuela decía que hasta en un entierro sería capaz de conseguir que le dieran a él el pésame y se olvidaran de la viuda.

Mar, en cambio, era larguirucha y delgada, de rasgos afilados y piel pálida. Más prudente y responsable que su hermano, cuando se concentraba en algo, sus carrillos se sonrojaban como si la hubieran pillado metiendo el dedo en una tarta. Esto normalmente ocurría con cualquier cachivache electrónico o de pantalla táctil. Su pelo era castaño, largo y liso, y lo llevaba normalmente suelto, como mucho sujeto con una cinta elástica, o bien en una despreocupada cola de caballo para evitar que le tapara la cara.

Los chicos conocían al dedillo todas las historias que se contaban en la familia sobre la mancha y sus poseedores, y lo especial de que ambos nacieran con ella. Nunca se había dado un caso igual. La razón más aceptada para este hecho insólito era que los dos la compartían porque habían nacido en el mismo año. Pero casualidad o no, ahí estaban los hermanos Morata, con sus destinos marcados en el antebrazo izquierdo.

Pablo, que siempre se lamentó de no haber nacido con la marca familiar, se sentía orgulloso y, en ocasiones, excesivamente protector de sus hijos. Tenía puesta toda su confianza en que en sus jóvenes cabezas dormía el diseño del sombrero más revolucionario de la historia de la humanidad, después del gorro de ducha. Y mientras le llegaba el momento de despertar, él gastaba una buena parte de su tiempo en soñar e inventar extraños sombreros, con la ilusión de demostrar que no hacía falta nacer marcado por el destino para triunfar.

Por su parte, Candela, la madre de la familia, a pesar de no ser una Morata en sentido estricto, tenía suficientes razones para no sentirse extraña en los cumpleaños y comidas de Navidad. En los últimos tres años había pasado por cuarenta y dos trabajos diferentes. De unos se cansaba o aburría; otros se cansaban o aburrían de ella; y en ocasiones, algunos desaparecían antes de darle tiempo a cansarse o aburrirse. Pero nunca pasaba demasiado

tiempo ociosa entre una y otra ocupación. Había sido promotora de yogures en un supermercado, dando muestras a los clientes (no es difícil adivinar cuál fue el postre en casa de los Morata durante esas cuatro semanas); quitadora de pepitas de uvas pasas; correctora de sermones religiosos y discursos de políticos; vigilante de alcantarillas; cuidadora de animales exóticos; público de programa de televisión; profesora de escritura creativa por correspondencia; pintora de pasos de cebra; cambiadora de bombillas de semáforos; contadora de viajeros del metro... y otras muchas profesiones que, antes de que ella las ejerciera, los Morata ni siquiera sabían que existiesen. Y a pesar de lo breve y excéntrico de sus ocupaciones, Candela había sabido sacar partido de todas ellas, ya fuera en forma de experiencia o, como ocurría ese otoño, aprovechando excedentes.

En efecto, desde dos días atrás, la cocina de la familia estaba colonizada por un regimiento de latas y bolsas de papel llenas de mil y una hierbas para combinar según qué síntomas tuviera el paciente. Las consiguió Candela cuando la curandera para la que trabajaba tuvo que cerrar su Ciberconsultorio Natural por un, digamos, pequeño problema legal.

Como avisaba la publicidad de la web, Candela se encargaba de hacer los "*filtros y remedios naturales/que aportan muchos bienes/y curan todos los males*" .

—Y si cerraron el Ciberconsultorio no fue por mis filtros —decía mientras removía el contenido humeante de una taza—. Yo no tengo la culpa de que, además de curar los eccemas, el emplaste de arcilla y cardamomo sea tóxico para los gatos.

Los Morata estaban acostumbrados a las breves y extrañas experiencias laborales de Candela. La de aprendiz de curandera le había durado casi seis semanas, todo un récord. Ahora, sentada a la mesa de la cocina, buscaba en el periódico alguna oferta trabajo que pudiera interesarle.

Acababan de terminar el desayuno, y Pablo guardaba la leche en la nevera. Sentado a la mesa frente a su madre estaba Álex, en pijama y con una vieja sudadera azul. Se había quitado las gafas y tenía los ojos acuosos e hinchados. La gripe le había dado fuerte, dejándole más planchado que la corbata de un ministro. Y las pocas fuerzas que le quedaban en el cuerpo las aplicaba en protegerse la boca con ambas manos mientras negaba con la cabeza.

—Vamos, Álex, abre la boca. Esto te sentará bien.

—¡Ni hablar! —respondió el niño separando ligeramente las manos de su boca y girando la cara hacia la pared—. Estamos en el siglo veintiuno. ¡Yo quiero una pastilla que me quite los escalofríos, no un caldo caliente!

—Cariño —insistió la madre—, no es un caldo, es una tisana de romero, salvia, jengibre y manzanilla que...

—¿Por qué me toca a mí ser el conejillo de indias? ¡Haz los experimentos con otro! ¡Que lo pruebe Mar!

—Lo tienes que probar tú porque eres el pequeño, hermanito —respondió Mar entrando en la cocina y sin dejar de mirar su nuevo teléfono—. Si te pasa algo, no será una gran pérdida.

—Eso es lo que tú quisieras, *Miss* Circuitos. Un día te va a abducir ese *listófono* que tienes. Y te aseguro que no te echaremos de menos.

—Chicos, ya está bien. Álex, tómate lo que te da tu madre y tengamos la fiesta en paz —intervino Pablo—. Esto no te habría pasado si me hubieras hecho caso y, como tu hermana, te hubieras puesto mi *Sombrasero*.

Álex giró la cabeza hacia la puerta. Allí estaba Mar, trasteando con el móvil, aparentemente ajena a todo aquello, y con un peculiar gorro de lana en la cabeza. Tenía dos bolsillos, uno a cada lado, de los que salía un humo gris que empezaba

a apoderarse de la atmósfera de la cocina. Se completaba con un par de largas tiras de lana que, a modo de bufanda, caían lánguidas hasta la altura de su ombligo. Al verla de esa guisa, Álex soltó una carcajada, abriendo exageradamente la boca. Candela aprovechó la ocasión para meterle dos cucharadas de la tisana que estaba removiendo. El chico, sorprendido, se tragó el brebaje e hizo una mueca de desagrado mientras se limpiaba la lengua con la mano.

—¡Arggg! ¡*Ezto pica*!

Álex empezó a toser mientras Mar, que había dejado el móvil en la mesa, sonreía y tiraba de las bufandas de lana de su gorro, haciendo que aumentara el humo que salía de los bolsillos.

—¡Ves, querido! Eso es el jengibre —explicó su madre—. Ya verás cómo te anima y te reduce la congestión.

—¡Qué jengibre! —exclamó el chico abanicándose con la mano—. Es Mar, que nos está atufando con el humo que le sale de la cabeza.

—Esto es muy raro —exclamó Pablo mirando a su hija—, no debería soltar tanto humo.

—¡Que lo apague de una vez, que me estoy ahogando!

—No exageres, Álex. Si solo es un poco de humo. Este año la gripe no me va a pillar...

—Por el momento —interrumpió Álex entre toses.

—... Y si es necesario que lleve este gorro todo el invierno, así lo haré.

—El *Sombrasero* está diseñado para el exterior, Mar —dijo Pablo. Había llegado al lado de su hija y estaba mirando el gorro con mucha atención, sujetando la borla con cuidado.

—Toda precaución es poca... ¡Aaaaaaatchís!

Con el estornudo, una nueva nube de humo salió del gorro de Mar y se deshizo casi al instante al cruzarse con una corriente de aire fresco. Candela sintió un escalofrío y se llevó la mano a la frente. Junto a la ventana abierta, Álex invitaba al humo a salir, moviendo los brazos como un policía de tráfico mientras caminaba hacia la puerta de la terraza.

—¡Álex! ¡Cierra ahora mismo la ventana... aaaaatchís!

—¡Apaga esa chimenea que llevas en la cabeza!

Mar cerró la ventana y se dirigió hacia la terraza furiosa:

—¡Aaaaatchís! ¡Mira! Ya lo has conseguido.

Candela y Pablo se levantaron a la vez de la mesa, como si su instinto les avisara de que era el momento de intervenir.

—Álex —ordenó Candela—, ya está bien. ¿No estás tan enfermo que no puedes ir a clase? Pues entonces vete a tu habitación y métete en la cama. Ahora te llevo el resto de la infusión.

Como si fuera una réplica, del patio llegó una voz que cantaba sin música de acompañamiento:

There are many many crazy things
That will keep me loving you
And with your permission
May I list a few [2]*...*

La familia Morata se quedó por un instante paralizada, como si estuvieran jugando al escondite inglés. Pablo fue el primero en reaccionar y decir:

—*They can´t take that away from me*.

Era Laura, la vecina de enfrente, que estudiaba canto y, de vez en cuando, actuaba en algún café del barrio. Según contaba, había heredado la casa de un tío suyo y estaba buscando compañera de piso para compartir los gastos. Desde que llegó al vecindario, poco antes del verano, los Morata se habían acostumbrado a desayunar con su voz de fondo. Pablo y Candela solían jugar a adivinar las canciones que interpretaba.

—Y tú, Mar —continuó Pablo—, deja de meterte con tu hermano. Y hazme caso: ponte el *sombrasero* cuando salgas a la calle.

—¿Ya para qué? —gruñó Mar encogiéndose y temblando un poco.

2 They Can´t take that away from me (George&Ira Gershwin)

Salió de la cocina arrojando el gorro de lana al suelo. Una nueva nube de humo salió de sus bolsillos y no tardó en deshacerse ayudada por el aire que entraba por la puerta de la terraza.

Álex se quedó aún unos segundos con los brazos cruzados sobre el pecho como el portero de una discoteca, hasta que consideró que todo el humo había desaparecido. Entonces cerró la puerta de la terraza, por donde aún se coló una última frase de la canción:

Nooo... they can´t take that away from meee.

El chico, poniendo su mejor cara de "estoy débil y enfermo, ¡pobrecito de mí!", se fue a su cuarto arrastrando los pies.

Candela se agachó a recoger el gorro del suelo, que por fin había dejado de escupir humo. Lo agarró por una de las tiras de lana e inmediatamente se puso en marcha, llenando de nuevo la cocina de una niebla espesa.

—Pero... ¿cómo se para esto?

Pablo dejó de aclarar las tazas y, con las manos mojadas, se acercó a su mujer y se hizo con el gorro de lana. Estaba caliente, y sus bolsillos parecían chimeneas.

—En la borla hay un pequeño motor ultra silencioso que se conecta al tirar de la bufanda. Funciona como un secador de pelo, que calienta la cabeza. Y no debería hacer tanto humo. Algo pasa... ¡Ay! —gritó soltando bruscamente el gorro, que cayó de

nuevo al suelo mientras dos chispas salían de la borla—. Me ha dado calambre.

—Si es que sólo a ti se te ocurre, Pablo, sujetar este trasto con las manos mojadas. ¡Menos mal que la niña no se lo ha llevado al instituto! —dijo Candela mirando por la ventana las nubes que poco a poco poblaban el cielo.

—Bueno —respondió Pablo frotándose los dedos—, es solo un prototipo. Y yo no sabía... En fin, cuando termine con la nueva colección me pondré en serio con el gorro antigripal, a ver si este año lo consigo.

Candela le miró incrédula y resignada. El asunto de los gorros antigripales era la obsesión de su marido. Tenía en su estudio un armario exclusivamente para todos los prototipos que había inventado. En la casa todavía se recordaba el año en que el *Gorrómetro* martirizó a los chicos durante dos semanas con su sensor de temperatura. Cada vez que sudaban un poco, ya fuera por subir unas escaleras corriendo, ya por culpa de la calefacción del autobús, se encendía la borla roja y lanzaba su mensaje: "Por favor, informe en su domicilio de que su temperatura corporal ha subido a 36,8 ºC".

Aunque sus gorros antigripales no habían logrado hacerse un hueco en el mercado, sí había conseguido algunos diseños que pudieron darle algo de reconocimiento. Especialmente sus boinas *Multicombinación*, preparadas con un juego de rabillos intercambiables, según la ropa o los complementos que fuera

uno a ponerse. O la chistera *Ilusionante,* pensada para magos, con cuatro compartimentos secretos. Pero Pablo Morata seguía soñando con el sombrero antigripal que le diera la fama que la historia de su familia no quiso darle.

Durante la siguiente semana, la casa de los Morata se convirtió en un auténtico hospital de campaña. El mismo día del incidente del *sombrasero*, Mar volvió del instituto con los ojos llorosos, la nariz congestionada y maldiciendo a su hermano. Arrojó la mochila al armario y se metió en la cama. Los dos pasaron los siguientes cinco días quejándose del roce de la ropa, muriéndose de frío y, al rato, asándose de calor... Algunos compañeros del instituto les mandaron mensajes de ánimo y llamaron para interesarse por ellos y contarles cómo iban las cosas en clase. Incluso la tutora se preocupó y les envió un correo con el asunto: "Para la próxima semana en música". Desde la cama, con fiebre y los ojos hinchados como globos llenos de agua, Mar consultaba los mensajes en su móvil y, si respondía, lo hacía con monosílabos antes de darse la vuelta y seguir durmiendo.

Pasada la convalecencia, por fin la familia al completo se sentaba el martes por la mañana a desayunar. Después de recoger la mesa, mientras los chicos estaban terminando de preparar sus mochilas, sonó el teléfono.

—¿Alguien puede cogerlo? —preguntó Pablo desde la cocina. Tres sonidos de llamada después insistió con más vehemencia—. ¿Queréis hacer el favor de contestar al teléfono?

—¡Ya voy! —gritó Álex.

Aún sonó dos veces más antes de que descolgara.

—¿Sí?... ¿Cómo?... No, él no vive... ¡Ah! Una llamada, sí, sí la aceptamos...

Álex esperó en silencio unos segundos hasta escuchar una voz y una expresión inconfundible:

—¡Hola, familia! ¿Qué os traéis en la cabeza?

—Sueños y sombreros —respondió Álex automáticamente—. ¡Hola, tío Sergio! ¿Ya has vuelto?

—¡Álex! ¿Cómo estás? Precisamente de eso quería hablar con tu padre. ¿Está por ahí?

—Voy a buscarle. Pero ¿qué es ese ruido? ¿Desde dónde nos llamas? ¡Papá! Es el tío Sergio.

En la cocina, al oír el nombre de su hermano, Pablo dio un respingo y salió hacia el salón. Candela miró hacia la ventana. Fuera, las nubes eran cada vez más grises. Era su primer día en un nuevo trabajo: iba a probar como ayudante de un psicólogo de animales de compañía que había abierto una consulta en el barrio. Se anunciaba como:

DOCTOR TERRIER

Especialista en trastornos de personalidad caninos y felinos

Pero a la familia le gustó más el nombre que se le ocurrió a Álex para llamarlo: *sicoguau*. Abrió uno de los armarios y sacó tres pequeñas latas. Tomó dos cucharaditas del contenido de cada una de ellas y las echó en la tetera. Después, puso agua en el fuego.

En el restaurante que ocupaba la planta alta de El Gato Tuerto, en una mesa junto a la ventana, se enfriaba un plato de frijoles negros dormidos. El cocinero había sido generoso con el comino y el ají, los había cuajado a fuego muy lento y el aroma del guiso luchaba por captar la atención del hombre que ocupaba la silla frente al plato, concentrado en la pantalla de su teléfono móvil y ajeno al trajín. Era la hora del almuerzo y el local estaba lleno. A pesar del aire acondicionado, la cara le brillaba por el sudor. Tenía la frente despejada casi hasta la mitad del cráneo y unas gafas estrechas y sin montura hacían equilibrios en la punta de su nariz. Mientras tecleaba con una mano, se mordisqueaba los nudillos de la otra al mismo ritmo. De vez en cuando alzaba los ojos y paseaba por el comedor una mirada nerviosa. A su lado, sobre la mesa, había un par de gafas de espejo. Un bastón de invidente plegado y sujeto por una goma ocupaba la silla que tenía frente a él.

Mientras el hombre se afanaba tecleando, podían escucharse los ensayos en el piso de abajo. El club seguía fiel a la música en directo todos los días de la semana. Terminó de redactar el mensaje y presionó la tecla de "Enviar". En menos de un segundo, el sonido de dos gotas de agua le indicó que su mensaje había llegado a su destino.

A muchos kilómetros de La Habana, otro hombre escuchó esas dos mismas gotas y sacó su teléfono del bolsillo de la camisa. Vio que tenía un mensaje y se sentó en un sillón antes de abrirlo. Los pies apenas le alcanzaban el suelo y todavía se demoró un rato hurgándose las uñas con un palillo. Un hurón saltó y se acomodó en su regazo. El hombre dejó las uñas tranquilas y pinchó al hurón con el palillo. Mientras el animal saltaba, con su minúsculo meñique presionó la pantalla del móvil:

> Ha sido imposible conseguir la carta. SM se nos ha adelantado. No pude quitársela. Transcribo el primer párrafo:

> "Mi fiel contramaestre en tierra, en ti confío y a tu cargo dejo mis mayores tesoros: mi hija Olivia, Poe, mi compañero de viajes y versos y, aunque no lo sepas, con ellos también mis mejores canciones, las que tú y yo guardaremos hasta que Olivia se convierta en la estrella que casi llegó a ser su madre."

> SM se recupera de nuestro encuentro en un hospital de La Habana. Reposo y escayola. Ha puesto en antecedentes a su familia, pero no sé cuánto saben. Viajo a Madrid y espero. Mi contacto me dará plan de gira en cuanto lo tenga.

Dejó el teléfono en el reposabrazos del sillón y se llevó las manos a la nuca estirándose. Las mangas de su camisa se replegaron hasta más arriba de la muñeca. Desde el suelo, como si imitara a su amo, el hurón se desperezó lentamente sobre sus manos, emitiendo un gruñido. El hombre suspiró, cogió de nuevo su teléfono y respondió al *whatsapp:*

> Ok. Vigila sus movimientos. Y avísame antes de intervenir.

En menos de un segundo, el sonido de dos gotas cayendo avisó al hombre de La Habana de que tenía un mensaje. Lo leyó. Faltaban dos horas y media para que saliera el avión a Madrid. Apartó el plato de frijoles vacío y, alzando la mano, llamó al camarero y pidió una ración de majarete con mucha canela. Volver a saborear esa crema dulce de maíz y leche después de tantos años justificaba con creces haber regresado a Cuba. Se palmeó la barriga satisfecho. Mientras esperaba el postre pensó que, si se deshacía rápida y discretamente del bastón, tal vez le quedara tiempo suficiente para disfrutar de un habano de camino al aeropuerto.

Si quieres saber
cómo termina esta
aventura,
¡corre a tu librería
favorita!

novedad@edicionesdiquesi.com
www.edicionesdiquesi.com